

*Los enfrentamientos bélicos con Inglaterra y sus gentes. La visión castellana, 1250-1515**

José Manuel RODRÍGUEZ GARCÍA**

El presente trabajo se puede enmarcar dentro de la corriente de estudios sobre «imágenes» que tan en boga pondría el magnífico libro de Ron Barkay⁰; dentro del campo de la historia militar. En este caso se pretende dar una visión general de la posible opinión o imagen que podría tener un determinado sector de la sociedad medieval castellana sobre aquel pueblo tan independiente de los anglosajones, a lo largo de los últimos siglos de la Edad Media, desde la consciencia del elemento bélico como conformador de esas relaciones entre nuestros dos países y pueblos.

Los medios o fuentes que vamos a utilizar para llevar a cabo este proyecto no pretenden ser exhaustivos y, por lo tanto, nos van a limitar forzosamente a ver la situación desde un punto de vista más o menos común a todas las fuentes elegidas: el de los dirigentes de la sociedad, principalmente el rey, la corte real y la nobleza (tanto laica como eclesiástica), junto con otro grupo de personas con intereses económicos-mercantiles¹.

Las crónicas van a ser la principal fuente a emplear. Las seleccionadas fueron escritas por oficiales de la administración real o corte y por gente letra-

* El presente artículo nació durante el desarrollo del curso que seguí sobre «England and its neighbours in the Midle Ages», bajo la dirección del profesor A. Goodman, en la Universidad de Edimburgo, 1993. Debo agradecer a dicho profesor su amabilidad al leer el trabajo de base y la aportación de algunas ideas interesantes.

** Licenciado en Geografía e Historia.

⁰ BARKAY, R.: *Cristianos y Musulmanes en España Medieval*, Madrid, 1984.

¹ Teniendo en cuenta que, en Castilla, muchos de estos últimos o bien eran nobles de antigua cepa o bien se convirtieron en nobles en cuanto pudieron, principalmente a principios del silo XV, pretendiendo adquirir muchos de los valores tradicionales de ésta (aunque el amor por las armas no figurara entre ellos).

da, tanto por nobles —fines siglo XIV y siglo XV—, como por gente que trabajaba para ellos². Otro tipo de fuentes, utilizadas marginalmente aquí, son el corpus de Romances y la literatura de caballerías. Así mismo, he usado documentos diplomáticos y de embajadas entre ambos reinos al ser un tipo de fuente en la que, junto a los asuntos estrictamente diplomáticos, también podemos encontrar opiniones y experiencias personales de esos embajadores sobre la tierra y las gentes que estaban visitando³. Los libros de viajeros que no estuvieran en misión diplomática podrían haber sido otra fuente; sin embargo, yo no he podido encontrar ningún trabajo al respecto.

Todas ellas van a contribuir a formar esa imagen de un pueblo y reino determinado. Puede que las diferentes ideas expresadas por ellos no fueran exactas u objetivas en términos históricos, pero son muy útiles ya que podemos sacar partido de ellas, teniendo en cuenta dos consideraciones básicas: por una parte podemos comparar la diferencia que había entre «la imagen» y la realidad; y, por otra parte, nos debemos preguntar cómo se ha llegado a crear esa imagen, que al final puede llegar a ser estereotipada teniendo muy poco que ver con la fuente real de la misma. Sin embargo, esa imagen es la que perdura en la mente de las personas y sobre la cual trabajan, llegando a olvidar la realidad de la fuente reflejada⁴. Así mismo, para comprender un poco mejor todo ese proceso de creación y pervivencia de unas opiniones o imágenes, creo necesario acompañar mi relato con el desarrollo del contexto histórico en el que se desarrollaron las relaciones entre estos dos pueblos desde mediados del siglo XIII hasta inicios del siglo XVI.

Un lazo fundamental entre Inglaterra y Castilla era su pertenencia a la Cristiandad Occidental. Los legados papales viajaban a uno y otro país tratando, entre otras materias, de asuntos religiosos en los cuales la supervivencia del ideal de cruzada jugaba un importante papel (no olvidemos la elección de Castilla como escenario cruzado para un cierto número de caballeros ingleses

² Quizás, las *Memorias del Reinado de los Reyes Católicos*, de BERNÁLDEZ DEL CASTILLO (Crónica de los Reyes de Castilla, III. Biblioteca de Autores Españoles, LXX, Madrid, 1954), se salga un poco de dicho grupo. Bernárdez era el párroco de un pequeño pueblo aunque con buenos contactos con la corte. Escribió su obra como una especie de memorias personales, siguiendo el estilo de Diego de Valera (DIEGO DE VALERA, *Memorial de Diversas Hazañas o Crónica de Enrique IV*, C.R.C., IV, B.A.E., LXX, Madrid, 1954).

³ Como es el caso de Mosén DIEGO DE VALERA, *Epístola y otros varios tratados* (ed. J. A. Balenchana, Madrid, 1879), o también el de los cronistas y embajadores López de Ayala y Alonso de Palencia. Del lado inglés, podemos citar la misión diplomática de ROGER MACHADO, recogida por su heraldo: «Account of the Journal of Roger Machado to Spain and Portugal», *Memorial of King Henry VII*. Rolls series. Ed. J. Gairdner, Londres, 1858.

⁴ Para una rápida y eficaz aclaración de toda esta problemática, ver BENITO RUANO, E.: *De la Alteridad en la Historia*. Madrid: Discurso de entrada en la Real Academia de la Historia, 1985.

deseosos de cumplir sus votos). Junto a esto, Santiago de Compostela, como uno de los tres principales centros de peregrinación de la cristiandad medieval, también atraía a viajeros Ingleses⁵.

Tendremos en cuenta las relaciones económicas entre ambos países, que tenían mucho que ver con su competencia en Flandes y las actividades de piratería —a veces difícilmente separables—, en un contexto de un mundo mucho más interrelacionado desde el 1200 en adelante.

Veremos cómo a lo largo de las crónicas y documentos, a la par que se reflejan acontecimientos políticos y económicos, lo que va a resaltar sobre todo es, en la mayoría de los casos, la caracterización bélica del pueblo inglés, tanto en momentos de enfrentamiento como de amistad; dando lugar a diferentes imágenes a través de esos contactos⁶.

⁵ Principalmente de los siglos XII al XV. Aunque este tema no va a ser discutido aquí, permítaseme unas notas al respecto. Los peregrinos ingleses disponían de dos principales rutas: una marítima, más cómoda y confortable pero con el peligro del siempre inseguro Mar Español —tanto por el tiempo y las corrientes como por los piratas—, que salía desde los puertos de Londres, Plymouth, Bristol, Southampton hasta La Coruña, y de ahí a Santiago, por tierra. La otra era «El camino Francés», que partiendo de los puertos ingleses ya mencionados o de los irlandeses de Galway, Waterford y Kinsale legaba al puerto de Burdeos, en la Gascuña. Desde allí la ruta terrestre iba a Saint-Jean de Port, Roncesvalles y por el norte español hasta Santiago. Había una «*Guide of the Pilgrim to Santiago*», escrita por un inglés, desde el siglo XIV(*), además de la traducción de la *Guide du Pelerin* al inglés por la misma época. En la crónica de Matthew Paris, es nombrado Santiago como una de las excusas o razones dadas para explicar el movimiento de los salvajes *Tártaros* hacia Europa: «...para terminar su peregrinaje a Santiago, en Galliciat» (MATTHEW PARIS, *Chronica Majora* I, 472, ed. H. R. Luard, London, 1876). La importancia del peregrinaje inglés a Santiago también se puede ver en el tratado entre Enrique III y Alfonso X, en el cual éste otorga favorables disposiciones para los peregrinos ingleses que vayan a Santiago (M. PARIS, *Chronica* III, 41). Sin embargo, la guerra en Castilla y la alianza Franco-Castellana fue un tiempo en el que el número de peregrinos ingleses se vio muy limitado (de hecho, nunca más de 20 caballeros ingleses podían llegar a las costas de Francia o Castilla a menos que su aliado fuera informado). No obstante, a finales del siglo XV el peregrinaje inglés parece haberse recuperado. Para más información sobre el tema puede ser de utilidad: VÁZQUEZ DE PARGA, L.; LACARRA, J., y ORIU RIU, J., *Peregrinaciones a Santiago de Compostela* (*), Madrid, 1948-9; LAYTON, T. A., *The way of St. James or the Pilgrims road to Santiago de Compostela*, London, 1976; HUIDORO Y SERNA, L., *Las peregrinaciones jacobeanas*, Madrid 1950-1; LOMAX, D. W., «The First English Pilgrimages to Santiago de Compostela», *Studies in medieval History presented to R.H.C Davis, ed Hayr & More* (London, 1985): 165-79; Ídem, «Algunos peregrinos ingleses a Santiago en la Edad Media», *Príncipe de Viana*, 31 (1970): 156-69; y HARTWELL, J. G., «Celtic Britain and the Pilgrimage movement», *Y Cymrodor*, XXIII (1972), 255-65.

⁶ En este estudio no se van a tratar las relaciones culturales entre ambos países, y la imagen que se podría desprender de las mismas. No obstante, para un repaso muy por encima sobre este punto, puede ser interesante: HARVEY, J. H., «Political and cultural exchanges between England and the Iberian Peninsula in the Middle Ages», *Literature, Culture and Society in the Middle Ages*, 1987.

1. LA VISIÓN POLÍTICA

Se piensa, generalmente, que el reinado de Alfonso X de Castilla (1252-1282) fue la primera vez en la historia castellana que las relaciones con Inglaterra llegaron a ser realmente importantes. En realidad, los monarcas ingleses habían dado el primer paso con el matrimonio de Leonor, hija de Enrique II, con Alfonso VIII de Castilla en 1176. Este matrimonio estaba dictado por las necesidades estratégicas de Enrique II de asegurar su control sobre el condado de Gascuña. «Los contactos diplomáticos entre las cortes Castellana e Inglesa durante este período (1170-1240) estuvieron relacionados, básicamente, con saluciones y favores reales, así como con reglamentaciones comerciales»⁷. El interés inglés por Castilla se centraba en tres temas principales: la protección del rico ducado de Gascuña; las relaciones económicas entre ambos reinos —a través de puertos del sur inglés y Gascuña, con los mercantes del Cantábrico y Sevilla—; y la cruzada llevada a cabo por Castilla contra el reino nazarí de Granada.

Gascuña era económicamente esencial para la monarquía inglesa, como una de sus fuentes más importantes de ingresos, gracias al rentable comercio de sus puertos y ciudades. Como Inglaterra siempre debía enfrentarse a la amenaza de las dinastías de los Capetos y Valois en Francia, los reyes ingleses deseaban asegurarse el resto de las fronteras del ducado. De ahí su interés en conseguir alianzas con Aragón y/o Castilla. Esta última, gracias a la fama y riqueza ganada en la Reconquista y por la actividad de los comerciantes castellanos, parecía la mejor candidata para dicha alianza. En 1176 se celebraría el matrimonio entre Leonor y Alfonso.

Sin embargo, Alfonso VIII y Alfonso X reclamaron sus derechos al ducado de Gascuña como resultado del mismo matrimonio (Fernando III estaba demasiado ocupado en su lucha contra los musulmanes). Después de la tensión política de los dos primeros años del reinado de Alfonso X, en abril de 1254 se firmó un tratado entre ambas naciones. Según éste, Alfonso y sus herederos abandonaban cualquier posible reclamación sobre el ducado, ambos reyes se declaraban aliados contra cualquier enemigo; Eduardo, hijo de Enrique III, sería nombrado caballero por Alfonso X; Eduardo, o algún sustituto, ayudaría a Alfonso a confirmar sus derechos en Navarra con una fuer-

⁷ GOODMAN, A.: «Alfonso and the English Crown.» in *Congreso Internacional Alfonso X, vida, obra y época*. Madrid, 1984-89, p. 40. Por otra parte, los castellanos se habían dado cuenta de la importancia de Inglaterra, como puede observarse en el romance épico *El Poema de Fernán Gonçales*, donde Inglaterra y Francia son citados como los otros dos poderes europeos al lado, y debajo de España y Castilla. (Un romance cuya primera versión escrita debe datar de 1252 aunque se base en tradiciones orales mucho más antiguas. *El Poema de Fernán González*. Vs. 147 & 153. Ed. A. Zamora Vicente, Madrid, 1978.)

za sustanciosa; Enrique debería convencer al Papa para que les fuera permitida una cruzada conjunta «contra partes marrochianas vel affricanas»; Enrique debería devolver las propiedades de los principales rebeldes gascones y tratar con justicia al resto de la gente envuelta en la rebelión de Gascuña —asegurando que Alfonso debería ser siempre consultado—, y que Eduardo, príncipe de Inglaterra y Duque de Gascuña, se casaría con Leonor, hermanastra de Alfonso⁸. Sin embargo, Enrique III no cumpliría los principales capítulos de este tratado referidos al tratamiento de los nobles Gascones y el proyecto de cruzada conjunta (1256). La tensión se elevó más cuando Enrique III rehusó ayudar a Alfonso en la lucha del Castellano por el título de Rey de los Romanos, contra el propio hermano de Enrique III, Ricardo de Cornualles (1257), y cuando el rebelde hermano de Alfonso, el infante Enrique, buscó refugio en la corte inglesa (1256)⁹. A pesar de los diversos intentos de revivir la alianza, la corte castellana dejaría de confiar en su teórico aliado (1260-72). No obstante, la sucesión de Eduardo I al trono inglés dio nuevas energías al tratado, y las relaciones entre ambas cortes se incrementaron, aunque «su disponibilidad para apoyarse mutuamente fuera muy limitada»¹⁰.

Al fin y al cabo, ¿qué consiguieron los castellanos de este tratado y qué se sacó en claro sobre los ingleses? Por lo menos, el matrimonio dinástico asentó las bases para unas mejores relaciones entre ambas casas reales. Los contactos personales y culturales entre Inglaterra y Castilla se incrementaron en los años 50: por ejemplo, podemos encontrar al príncipe castellano Sancho, arzobispo de Toledo, y su séquito, viviendo con esplendor en Londres; al infante Enrique cazando los ciervos reales en Essex; a algunos castellanos favoreciendo a los judíos ingleses; a comediantes castellanos actuando ante la corte inglesa; y

⁸ Ed. RYMER, T.: *Foedera, Conventiones, et Acta Publica...* Bruselas, 1767. Londres, 1816, vol. I, i, pp. 297-299. MATTHEW PARIS, *Chronica Majora, 1325-1372*. (Ed. H. R. Luard), Londres, 1876, vol. III, pp. 472-474.

⁹ MATHEW PARIS: *Chronica*, III, 186-7. Mathew dice que Enrique buscaba apoyo económico y la intermediación de Enrique III y Eduardo ante el rey Alfonso. Durante el tiempo que Enrique estuvo en Inglaterra fue puesto al cuidado «de William Boncoque, caballero, quien conocía a los españoles, sus maneras y sus costumbres, ya que había realizado vanos recados de parte del rey de Inglaterra para el rey de España». TRABUT-CUSSAC, J.: «Don Enrique de Castille en Angleterre», *Melanges de la Casa de Velázquez*, II (1966): 51-58, se muestra en desacuerdo con Ballesteros en el punto en el que Trabut piensa que el Infante Enrique no formaba parte ni del séquito del rey Inglés, ni le había ayudado en tratos diplomáticos contra el mismo Alfonso X.

¹⁰ Ver cualquiera de los trabajos de GOODMAN, A.: «England and Iberia in the Middle Ages», en *England and her Neighbours, 1066-1453*; ídem: «Alfonso X and the English Crown» en *Alfonso X el Sabio. Vida y época*. Congreso, Madrid, 1984-89; ídem: «English attitudes to Spain in the latter Middle Ages (Sentiment and Policy)» en *Estudios sobre Málaga y el reino de Granada, en el V centenario de la Conquista*. Cadiz, 1990.

finalmente, el príncipe Eduardo y otros nobles ingleses y gascones siendo investidos caballeros por Alfonso X¹¹. Además, Castilla, a través de su papel de liderazgo en la cruzada¹² y su participación en el asunto de Gascuña, junto con la creciente actividad de sus comerciantes en Centro Europa, emergió como una nueva potencia continental¹³.

Sin embargo, las repetidas infracciones del tratado por parte de Inglaterra sólo podían llevar a un deterioro de la imagen inglesa entre los castellanos a mediados del siglo XIII. El diplomático de Alfonso X se hace eco de esa irascibilidad castellana, aunque las crónicas son mucho más moderadas. En efecto, la visión castellana no era ni mucho menos tan negativa como la del cronista Matthew Paris sobre los castellanos:

«...el rey [inglés] fue informado sobre las costumbres y maneras de los Españoles y su religión, él sabía que eran la escoria de la raza humana, que eran desagradables de cara, contemplativos en su educación y detestables en su moralidad»¹⁴.

De hecho, las relaciones diplomáticas bajo Sancho IV y Fernando IV de Castilla fueron mínimas, tratando especialmente de asuntos comerciales y de la piratería; y los cronistas castellanos no mencionan absolutamente nada sobre Inglaterra. En 1293 Eduardo I ratificó la paz que Sancho IV de Castilla había firmado con Bayona y en 1294 emitió cartas de salvoconducto para mercaderes castellanos que comerciaran en su reino¹⁵. Eduardo II, a pesar de su relación amistosa con la corte castellana, tenía demasiados problemas internos como para preocuparse de los asuntos castellanos; no obstante, cuando Thomas Gournay, uno de los principales hombres implicados en el asesinato de Eduardo II, huyó a Castilla en busca de refugio, Alfonso XI ordenó su captura y deportación a Inglaterra¹⁶. La educación castellana, sus costumbres, comportamiento y cultura eran muy diferentes a las inglesas, como una proyección lógica de su historia y relaciones con al-Andalus. Son bien conocidos al respecto los asombrosos comentarios de Matthew Paris sobre las costumbres y hábitos de los españoles. La única característica positiva de éstos era su constancia y éxito en la cruzada. Por lo demás, ya hemos visto un ejemplo de

¹¹ GOODMAN, A.: «Alfonso X...», pp. 50-53.

¹² Fernando III —según Matthew Paris en 1252— y Alfonso X (1254) habían propuesto cruzadas conjuntas a Inglaterra.

¹³ MATHEW PARIS: *Chronica*, III, 43. A Alfonso X se le llama «King of Spain» en cartas reales inglesas citadas por MATHEW PARIS: *Chronica*, II, 284; III, 186.

¹⁴ MATHEW PARIS: *Chronica*, II, 84.

¹⁵ RYMER: *Foedora*, I, ii, 789-797.

¹⁶ *Crónica de Alfonso XI*. C.R.C., B.A.E., vol. LXVI. Ed. Rusell, Madrid, 1953. p. 284.

sus ideas sobre los españoles; otros ejemplos de esa mala imagen de los castellanos se dan cuando habla de la llegada a Londres del obispo electo de Toledo Don Sancho, hermano de Alfonso X, en 1255:

«...las maneras, hábitos y los sirvientes de este obispo electo eran completamente diferentes a aquellas que hay entre nosotros; ya que era un joven, llevaba un anillo en su dedo, y daba una bendición a la gente...»¹⁷.

o bien, cuando describe la llegada de Leonor de Castilla a Londres, en 1255:

«...los ciudadanos fueron a verla, vestida con ropa de fiesta, y montada sobre caballos ricamente engalanados; y cuando la noble nuera del rey llegó al lugar asignado para ella, lo encontró, como la morada del obispo electo de Toledo, llenas las paredes de cortinas de seda y tapices, como un templo, e incluso el suelo estaba cubierto con tapices. Los Españoles hicieron esto de acuerdo con la costumbre de su país; pero su excesivo orgullo sólo provocó la risa y mofa de la gente...»¹⁸.

Alfonso XI tuvo que hacer frente a los intentos ingleses y franceses de inmiscuir a Castilla en las guerras entre ellos, primero como resultado del problema de Gascuña y luego por la sucesión al trono francés. Durante el período entre 1330 y 1335 se produjo una intensificación en la correspondencia y embajadas inglesas a Castilla. Inglaterra quería asegurarse una alianza con la estratégica Castilla, que ya disponía de una fuerte armada, a través de enlaces matrimoniales¹⁹. Aunque Alfonso intentó una política de equilibrio entre ambos pretendientes, al final eligió la alianza francesa en 1336, recibiendo hombres y dinero franceses para su campaña contra los meriníes. En 1338, había barcos castellanos de los puertos del norte con sus tripulaciones al servicio del monarca francés, llevando a cabo un control efectivo del mar Cantábrico y el Canal²⁰. Sin embargo, Alfonso XI mantuvo

¹⁷ MATHEW PARIS: *Chronica*, III, 130.

¹⁸ MATHEW PARIS: *Chronica*, III, 136. También es bien sabido que Paris era contrario a cualquier presencia de extranjeros en la corte real.

¹⁹ O bien el hermano de Eduardo Juan de Eltham (†1336) con la hija de Juan, último señor de Vizcaya, o bien de Isabel, hija de Eduardo, con Pedro, hijo y heredero de Alfonso XI. RYMER: *Foedora*, I, ii, 893.

²⁰ «...era de 1376... los de las villas de las marismas del rey de Castiella fueron con sus naves en ayuda del rey de Francia por su sueldo que le él daba; et con esto las gentes e los navios de Inglaterra non osaban navegar por la mar», *Crónica de Alfonso XII*, p. 284. En 1339 hombres y barcos castellanos controlaban el mar pero el año siguiente el rey francés decidió licenciarles por lo caros que resultaban, con desastrosas consecuencias para él, ya que sería derrotado por los ingleses en la batalla de L'Ecluse en 1240.

un estado de paz formal con Inglaterra, mientras jugaba con la idea de un matrimonio inglés para su hijo Pedro, y de hecho las relaciones anglo-castellanas no sufrieron mucho²¹. Hasta el final del reinado de Alfonso XI siguieron llegando embajadas inglesas para tratar asuntos matrimoniales y de piratería (1342-1348). De hecho, durante el ataque a Algeciras en 1343, se encontraban cruzados ingleses y franceses —aunque en campamentos diferentes— luchando al lado de los castellanos.

Los primeros años del reinado de Pedro I presenciaron una ruptura total de las relaciones con Inglaterra, al tiempo que Eduardo III se mostraba más beligerante²². La alianza francesa con Castilla se mantuvo hasta 1362, cuando Pedro optó por la inglesa²³. Tuvieron que ver en ello la muerte de su mujer Blanca de Francia, y el apoyo francés a su hermano Enrique Trastámara, que había estado luchando como mercenario al servicio del rey de Francia. Es bien conocida la historia de la intervención, primero, del Príncipe Negro y luego, de su hermano Juan de Gante, en los asuntos castellanos. La presencia de soldados y nobles ingleses fue un elemento constante en Castilla desde 1366 hasta 1388, tanto como un episodio de la Guerra de los Cien Años como a causa de la implicación dinástica de la familia de Lancaster en la sucesión castellana. En 1366 había compañías de mercenarios ingleses entre las tropas que Enrique II utilizó para conseguir el trono caste-

²¹ Eduardo III recompensó a mercaderes vascos que habían sido atacados por piratas ingleses en las costas de Flandes. Dos mediadores castellanos estuvieron presentes en la tregua de 1340; y durante la guerra de Bretaña, la intervención castellana se limitó a la acción de individuos a nivel personal, como Luis de la Cerda, capitán de las Compañías Libres. Mientras tanto, la tregua formal se siguió manteniendo. Y en 1342, Eduardo III envió una embajada a Alfonso felicitándole por su victoria contra los musulmanes en Salado (junio de 1342). RYMER: *Foedora*, I, iv, pp. 102-103.

²² En 1350, batalla de Winchelsea, llamada por el heraldo de Sir John Chandos «L'Espagnols-sur-mer» Eduardo III ordenó a Bayona incrementar sus ataques piratas contra los pueblos del norte de Castilla, mientras que él reunía una importante flota real con la cual intentaría atacar el convoy castellano de Flandes. Este convoy, formado por cuarenta barcos de guerra y mercantes, fue atacado en Winchelsea. Sólo un puñado de ellos lograron atravesar la línea de batalla inglesa y llegar a Castilla. A pesar del nuevo título de «King of the Sea» que se atribuyó Eduardo, los resultados de la batalla no terminaron con la ayuda castellana a Francia ni con las acciones de las flotas reales y piratas castellanas sobre los barcos ingleses y gascones y sus costas. Es cierto que estas actividades disminuyeron hasta 1368 —Pedro no envió ninguna flota real desde 1356— debido a los tratados entre las villas norteñas de Castilla, Eduardo y los habitantes de Bayona (1352-53), por los cuales los castellanos tenían completa libertad de comercio, comunicación, navegación y pesca en las rutas y mares ingleses. Todo ello, por supuesto, llevo a un incremento en el comercio.

²³ En la embajada a Londres del 22 de junio de 1363, se firmó un tratado contra cualquier enemigo común con Eduardo príncipe de Gales y gobernador de Aquitania. Asimismo, se firmó otro con Eduardo III contra cualquier enemigo excepto el Papá el Emperador o el rey de Francia. RYMER: *Foedora*, III, iii,

llano²⁴, tropas que dejarían el mismo rastro de saqueo y destrucción que aquéllas de 1366, 1377, 1381 y 1385-88. La ayuda inglesa no pudo impedir la derrota final de Pedro, el cual llegó a enemistarse con sus aliados a causa de la matanza de prisioneros, la falta de pago a las tropas inglesas y el incumplimiento del pacto de división territorial que se había acordado. Mientras tanto, el segundo hijo del rey inglés y jefe de la casa de Lancaster, Juan de Gante, se casó con Constanza, hija de Pedro I (1372); a la vez que Edmundo, conde de Cambridge, hacía lo mismo con Isabel, la hija menor. La alianza franco-castellana consiguió hacer frente a los conflictos desencadenados a la muerte de Pedro, hasta la derrota de la flota naval inglesa en La Rochelle²⁵. Sin embargo, Juan de Gante, que dominaba la línea de actuación del reino inglés, se convirtió en una amenaza constante para Castilla, a la que intentaba dominar tanto por intereses dinásticos personales como por separarla de Francia. A pesar del recrudescimiento de las acciones²⁶, la política de Lancaster no tuvo éxito.

Durante el reinado de Juan I de Castilla (1379-89), Inglaterra mantuvo la misma política beligerante, aunque más cautamente debido a sus continuas derrotas navales²⁷. En 1379, Castilla, finalmente, se alineó junto con Francia en el Gran Cisma, apoyando a Clemente VII frente a Urbano VI, sustentado por los ingleses. Como consecuencia directa de todo ello, Inglaterra usó la ex-

²⁴ LÓPEZ DE AYALA: *Crónica de Pedro I*, C.R.C., B.A.E., vol. LXVI, Madrid, 1953, p. 537. El Canciller dice que había soldados ingleses, franceses, galeses y gascones en las compañías mercenarias de Enrique: «*Hugo de Caurelcy* (segundo en el mando de las compañías, más tarde conde de Carrión, aunque en 1367 volviera a Inglaterra con el Príncipe Negro), e mosén Eustacio, e mosén Mabieu de Gournay, e mosén Gullen Alemac, e mosén Juan de Evreux.»

²⁵ En 1372. En esta batalla los castellanos se apoderaron del tesoro real inglés y de 170 caballeros de espuelas doradas, algunos de los cuales —como el señor de Pinau, Richard Engles y el capitán inglés Sir Guischart de Anglet— fueron dados a Bertrand du Guesclin como pago por sus servicios pasados. LÓPEZ DE AYALA: *Crónica de Enrique II*, C.R.C., B.A.E., vol. LXVIII, Madrid, 1953, año VI, cap. 10.

²⁶ Sobre todo marítimas: 1373, ataque de la flota inglesa a buques mercantes españoles en puerto neutral, 1374, contestación Franco-Castellana, atacando la isla de Wight. 1374, 15 barcos ingleses atacan y destruyen 7 mercantes castellanos matando a toda su tripulación. 1375, venganza castellana: 36 bagues ingleses son capturados y todas sus tripulaciones puestas bajo la espada. 1377, 12 navíos castellanos del convoy de Flandes son capturados. 1378, derrota de la flota inglesa en Winchelsea y ataques Franco-Castellanos sobre la costa inglesa. Para todo ello consultar: SUÁREZ FERNÁNDEZ, Luis: *La Intervención de Castilla en la Guerra de los Cien Años* y FERNÁNDEZ DURO, C.: *La Marina Castellana desde su origen y pugna con lo de Inglaterra hasta la refundición en la Armada Española*. Madrid, 1893.

²⁷ Victorias navales castellanas en 1379-80: captura del castillo de Roche Guyon; emboscadas a los navíos ingleses que tienen que huir a puertos insulares. Winchelsea es devastada por nuevos ataques de la flota Franco-Castellana que ataca otros puntos de la costa inglesa hasta Gravesend, en el estuario del Támesis (o el «río Artemisa», según P. LÓPEZ DE AYALA: *Crónica de Juan I*, C.R.C., B.A.E., vol. LXVIII, ed. C. Rusell, Madrid, 1953: año 2, cap. 1).

cosa de la cruzada, para lanzar un fallido ataque contra los cismáticos de Flandes y Castilla²⁸. Después del desastre castellano en Aljubarrota²⁹, Juan de Gante se consideró lo suficientemente fuerte como para autoproclamarse rey de Castilla (y como tal reconocido por Urbano VI, 11-4-85) y firmar tratados, en tal calidad, con Portugal e Inglaterra en Westminster³⁰. Además, decidió lanzar un ataque decisivo sobre Castilla³¹. El «cruzado» Juan de Gante, esperaba encontrar apoyo para su causa una vez desembarcado, sobre todo entre los «emperegilados» (aquellos que defendían la causa de Pedro I); sin embargo, se encontró con una situación completamente diferente, en la que pequeñas villas decidieron oponer una resistencia total al invasor, levantando un clamor nacionalista contra el ejército de Juan³². El estancamiento de las acciones llevó a la firma del tratado de Bayona, en 1388, por el cual Catalina, hija de Juan, se casaría con el infante heredero Enrique; Castilla se comprometió a pagar 200.000 monedas a Juan de Láncaster³³ y éste y sus herederos renunciaban a cualquier derecho al trono castellano³⁴.

²⁸ El dinero para la cruzada inglesa ya se recaudaba desde 1380. El frente principal lo constituiría Flandes, siendo Castilla un escenario. Sin embargo, la flota portuguesa que apoyaba a Portugal fue vencido por los Castellanos en Saltes. Los restos del ejército expedicionario inglés que pudieron desembarcar fueron nuevamente derrotados en tierra, refugiándose en Portugal. 1383. Ver también RUSSELL, P. E.: *Portugal, Spain and the African Atlantic, 1343-1490*, Aldershot, 1995.

²⁹ Donde también había arqueros mercenarios ingleses. Ver ENTWISTHE, W. J.: «The English Archers at Aljubarrota», *Revista de Historia*, XVI (1927-28). También RUSSELL, P. E.: *The English Intervention in Spain and Portugal during the reign of Edward III and Richard II*. Oxford, 1955.

³⁰ El tratado de Windsor, 1386, sellaría una larga alianza entre Portugal e Inglaterra.

³¹ 1386. El primer cuerpo de las fuerzas inglesas estaba comandado por Juan de Holanda, nuevo «Condestable de Castilla». «Este cuerpo se componía de unos 1.500 hombres de armas, junto con otros tantos arqueros. Desembarcó en La Coruña y se unió al cuerpo principal del ejército, formado por portugueses; al que poco después se uniría el propio Juan de Gante.

³² Este fue el caso, por ejemplo, de Valdero y Villaquejida. En este último sitio, la población rehusó abandonar la villa, aunque la guarnición ya había capitulado, sin antes no quemar todas las avituallas. La contestación inglesa fue el saqueo de la población, que también acarreó discusiones entre los propios aliados por el reparto del botín. La noticia de este suceso se propagó rápidamente al resto del país, forzando una nacional y popular resistencia contra portugueses e ingleses.

³³ Dinero que fue nuevamente reclamado por una embajada de Juan de Gante ante la corte Castellana en 1393. LÓPEZ DE AYALA: *Crónica de Enrique III*. Colección de Crónicas de Pedro López de Ayala. Ed. José Luis Martín, Barcelona, 1991. Año III, cap. 17.

³⁴ Esto no significó que Castilla rompiera la alianza francesa. Flotas Franco-Castellanas siguieron atacando objetivos ingleses (como en 1405, 1416 y 1419), aunque de forma mucho más espaciada desde 1389. En la *Crónica de Juan II* (ed. C. Kusell, C.R.C., B.A.E., vol. LXVIII, Madrid, 1953), las victorias de Enrique V de Inglaterra en Francia son narradas de manera bastante imparcial (año X, cap. 2). Pero el cronista sí muestra la alegría de Juan II cuando se le informa de cualquier victoria francesa, especialmente, cuando se entera que París ha sido recuperado por los franceses (año XXX, cap. II).

Este último período que va de 1365 a 1405 es cuando la imagen de Inglaterra y sus gentes llegó a las cotas más bajas.

Sin embargo, las crónicas de López de Ayala no nos muestran una imagen demasiado negativa de los ingleses; tal vez sea por su faceta de diplomático y su intento de mantener una postura neutral (aunque no lo consiguiera) con respecto al tema de la guerra civil.

Se podría pensar que la regencia de Catalina (†1418), logró crear un *modus-vivendi*, ciertamente más personal, en las relaciones anglo-castellanas, influyendo en la política exterior castellana e intercediendo por los reyes ingleses ante Enrique III, durante la regencia y los primeros años de Juan II. Sin embargo, ella no era muy apreciada por la corte francófila³⁵ y no pudo detener ni las acciones navales de 1405, ni otras acciones de piratería castellanas, aún en armonía con Francia³⁶.

La aproximación final entre Castilla e Inglaterra vino del interés de la casa de York en asegurar su posición dinástica en el trono inglés por medio de alianzas extranjeras. Eduardo IV, que al principio de su reinado se proclamaba rey de Castilla como heredero de la hija más joven de Pedro I, a pesar de la renuncia de Juan de Gante, firma un tratado de alianza renunciando a sus derechos, con Enrique IV de Castilla (Westminster, 6-7-1467). Sin embargo, este último no tardaría a volver a la alianza francesa, debido a problemas internos en Castilla e Inglaterra, sin renunciar del todo a relaciones amistosas entre ambos países. El reinado de mayor contacto fue el de los Reyes Católicos, que tras abandonar la alianza francesa, firmaron un tratado con Ricardo III, confirmado y reforzado por otro tratado con Enrique VII en 1493. Éste incluía el matrimonio entre Catalina de Aragón y Arturo, el heredero inglés; y la participación como intermediaria de la reina Isabel en el espinoso asunto de Suffolk. La alianza, que también se centraba en el asunto de Gascuña, era de

³⁵ «Fue esta reyna alta de cuerpo y mucho gruesa, y blanca y ruvia y colorada, /13en el talle y en el meneo del cuerpo tanto paresçia onbre como muger. Fue muy onesta y guardada en su persona y fama, fue liberal y magnífica, pero fue muy sometida a privados, y muy gobernada deellos; lo cual es muy grant viçio y tacha, en especial a los rreyes» (LÓPEZ BARRIENTOS, Refundición de la Crónica del Halconero de Juan II, por Pedro Carrillo. Colección de Crónicas Españolas, VIII-IX, ed. M. Carriazo, Madrid, 1982. IX, 27). FERNÁN PÉREZ DE GUZMÁN: *Generaciones y Semblanzas*, repetía lo mismo y añadía: «...ella no estaba muy bien ordenada en su cuerpo y tenía una seria afección del pulso que no le permitió dejar su lengua quieta o su cuerpo libre de movimientos».

³⁶ Las confrontaciones directas disminuyeron. No obstante, la guerra de sucesión en Aragón proporcionó otro escenario para la lucha entre castellanos e ingleses. En ésta, se enfrentaban el infante castellano D. Fernando y el conde de Urgel apoyado, este último, por hombres de armas, arqueros y ballesteros gascones e ingleses. ALVAR GARCÍA DE SANTA MARÍA: *Crónica de Juan II*. Real Academia de la Historia, ed. M. Carriazo, Madrid, 1982.

gran importancia para ambas coronas en su enfrentamiento con la casa de Francia³⁷.

El tratamiento historiográfico: ya hemos comentado la *Historia de Bre-taña*, que se tomaba por buena en Castilla (ver notas 11, 12). En cuanto a la historia real de Inglaterra en los siglos XII al XV, los círculos cortesanos pa-recen haber estado constantemente informados. Casi todas las crónicas caste-llanas desde inicios del XIII, excepto las de Sancho IV y Fernando IV, nos informan de quién reina en Inglaterra. También se recoge la presencia de ca-balleros ingleses luchando en Castilla contra los moros, siguiendo la tradi-ción historiográfica de sólo centrarse en los hechos protagonizados por no-bles. La guerra entre Inglaterra y Francia también es mejor recogida conforme avanza el tiempo³⁸, aunque centrándose mucho más en los sucesos que afec-tan a Francia; por otra parte siempre mayor y mejormente tratada. Eduardo I, Eduardo III y Enrique V, parecen ser los reyes ingleses con más fama en Cas-tilla. Enrique VI, de la casa de Láncaster, recibió la simpatía de los monarcas castellanos, aunque Eduardo IV, su opositor, parece que también gozó de cierto grado de comprensión por parte de la corte³⁹; mientras que la figura de Ricardo III es atacada en cualquier fuente castellana de la época⁴⁰. Enri-

³⁷ Para Enrique VII la alianza era vital si queda mantener su política de confrontación con Francia en el continente. Para Fernando, el creciente interés de Francia en Italia podía suponer una amenaza para los intereses del reino de Aragón y Nápoles allí. Este tratado no evitó tensiones entre ambos países y así, Fernando dio poderes a su embajador en Inglaterra, Gutiérrez Gómez de Fuensalida, para que llegara a amenazar con la guerra si el proyectado matrimonio de Catalina no se llevaba a cabo. En esta política matrimonial de los Reyes Católicos se incluía el matrimonio de la princesa Juana con el rey de Escocia y el del príncipe Juan con la duquesa de Bretaña. PAZ, J. y MAGDALENO, R.: *Documentos relativos a Inglaterra, Archivo General de Si-mancas. Secretaría de Estado. Catálogo XVII*. Madrid, 1949, n.ºs 1, 2.

³⁸ La leyenda que atribuye el origen de la guerra de los cien años a la tragedia de la hija del conde de Gascuña es recogida en dos crónicas castellanas: *Las Bienandanzas y El victorial*.

³⁹ Por ejemplo, D. Valera dice que una embajada de Eduardo llegó a la corte de Enrique IV buscando amistad, pero el cronista tiene muchas dudas sobre los propios derechos de Eduardo a la corona Inglesa. (DIEGO DE VALERA: *Memorial de diversas hazañas*, p. 28.) No obstante, en la p. 64, Valera nos cuenta el rechazo de Eduardo de entrar en una alianza secreta con Francia contra Castilla porque; «...consideraba que era un pacto desleal, ...no tenía ningún derecho a la corona de Castilla... que quería ser amigo del rey Enrique» (por supuesto, esto fue después del reconocimiento de Eduardo por parte de Enrique). De cualquier forma, todas las fuentes Castellananas de Enrique IV recogen las varias hazañas y fortunas de Eduardo en Francia e Inglaterra.

⁴⁰ Una caña de Diego de Valera a los Reyes Católicos relata la deposición de Ricardo III por Enrique VII (DIEGO DE VALERA: *Epístola*). En esa carta, el hecho se juzga como el resultado de un juicio divino contra Ricardo, porque era un monarca falso, bien conocido por ser el asesino de sus sobrinos. Ver el estudio sobre este punto de GOODMAN, A. & MACKAY, A.: «Castilian reports of English Affairs»; *English Historical Review*, 88 (1973). Palencia también acusa a Ricardo de horribles crímenes para apoderarse de la corona, mientras que muestra a Enrique VII como el correcto heredero (A. DE PALENCIA: *Crónica de la guerra de Granada*, C.R.C., B.A.E., CCLVIII(1), Madrid, 1904-8, año 1485).

que VII también es considerado como una figura amistosa gracias, principalmente, al planeado matrimonio de Arturo con Catalina.

Las fuentes de donde los cronistas castellanos consiguieron la información fueron, básicamente, los contactos diplomáticos —como embajadas, enviados, cartas, etc.—, mercantiles —incluyendo a marineros y soldados⁴¹—, y otras crónicas extranjeras⁴². En la diplomacia, el latín era el lenguaje utilizado para importantes cartas, discursos, tratados y otros importantes papeles. Una vez que había concluido la parte más formal de una embajada, los embajadores, normalmente, en el idioma del país visitado; y en cartas privadas, así como en conversaciones entre cortesanos parece que el francés era el lenguaje preferido⁴³. Pero no sólo era importante el idioma empleado; sino también cómo hacerlo. Alonso de Palencia nos cuenta un hecho curioso sobre la llegada del embajador inglés Henry de Richmond a la corte de los Reyes Católicos. Este personaje era tuerto y Palencia pensó que la razón por la que los ingleses habían decidido mandar a un tuerto a Castilla era porque el anterior embajador castellano en Inglaterra había resultado ser manco⁴⁴.

Otras de las fuentes, en consonancia con el aumento de relaciones, fueron los contactos personales entre castellanos e ingleses, como los cuatro matrimonios entre caballeros y damas del séquito de Catalina, con ingleses⁴⁵.

⁴¹ Diego de Valera dice que fue informado de la caída de Ricardo III por comerciantes ingleses, en Londres. También se le dijo que el capitán español de mercenarios «the Little» Salazar, quien había servido a Ricardo, había conseguido volver a España después de su glorioso papel en la batalla en la que fue derrotado Ricardo. Bernáldez, por otra parte, cuenta que algunas de las cosas que sabía de Inglaterra se las habían contado mercaderes ingleses y castellanos en Sevilla. También parece claro que consiguió mucha de su información de ingleses o personas que conocían el idioma inglés; ya que cuando habla del episodio de la llegada de la reina Juana y el rey Felipe a Inglaterra en 1502 dice: «...the king Harrique, que quiere decir Enrique...»; siendo / *Harrique* / la pronunciación de lo que un castellano podría entender del nombre «Henry» en inglés. El profesor A. Goodman (Univ. Edimburgo), piensa que es más probable que Bernáldez hubiera escuchado a un inglés que se podría haber referido informalmente al rey como «King Harry» (nota personal).

⁴² Principalmente francesas, como García de Salazar nos cuenta en su *Libro de la Bienandanzas*; y como en otras crónicas puede apreciarse al hacer uso de formas afrancesadas como: /Angliaterra/(=Inglaterra), y /Alancaster/(=Lancaster). Por ejemplo *El Victorial*.

⁴³ Ver *Letters and Papers illustrative of the Reigns of Richard III and Henry VII*. Rolls Series, 2 vols., Londres, 1862 y la «description of the journal of Roger Machado to Spain», *Memorials of king Henry VII*. Este embajador reconocía que la corte española era más rica y gentil que la inglesa.

⁴⁴ A. DE PALENCIA: *Crónica de la Guerra de Granada*, año 1489, C.R.C., B.A.E., CCLVIII(1), Madrid, 1904-8.

⁴⁵ PAZ y MAGDALENO: *Documentos relativos a Inglaterra*, pp. 2-5. Otro tipo de caso es el protagonizado en 1430, por el embajador inglés en Castilla: Juan de Amizquita. Juan había nacido en Guipúzcoa, pero tenía un feudo en Inglaterra y se consideraba a sí mismo inglés.

En cuanto a Escocia, y a pesar de que hubo embajadores castellanos en ese país a lo largo del siglo xv, cuando aparece en las crónicas castellanas, lo hace en relación con Inglaterra y, casi siempre, relatando las luchas entre ellos⁴⁶.

Por lo tanto, a nivel político, las relaciones entre ambos países en 1250 y a finales del siglo xv presentan curiosas coincidencias. El problema gascón sigue siendo de principal importancia en sus relaciones. La política matrimonial y económica continúan siendo las bases de ésta. No cabe duda, que las relaciones entre ambos países han aumentado de una época a otra, con la presencia de observadores o embajadores semipermanentes en uno y otro país. Por otra parte, el matiz de desconfianza en los ingleses que podíamos apreciar en la política de Alfonso X, parece seguir presente en la de los Reyes Católicos; aun reconociendo, tanto en 1250 como en 1493, la figura de Inglaterra como una de las tres máximas potencias del continente.

2. COMERCIO Y PIRATERÍA⁴⁷

Las relaciones económicas siempre estuvieron presentes en cualquier fase de los contactos anglocastellanos. La imagen o visión que los mercaderes y marineros de Sevilla y los puertos norteños de Castilla tenían de Inglaterra y sus gentes ayudó a modelar la imagen global de éstos. Los mercaderes tenían una imagen que derivaba de sus contactos económicos, tanto pacíficos como belicosos, con los mercaderes de Inglaterra, Bayona y Flandes.

Las relaciones comerciales y económicas se incrementaron, a nivel general, desde los siglos XII-XIII aunque, como ya hemos visto, pasando por diferentes etapas debido a las vicisitudes políticas. Por otra parte no podemos olvidar que en la Edad Media comercio y piratería solían estar ligados, y este frente de las relaciones entre ambos países no va a ser una excepción. Desde el siglo XIII tenemos registros que hablan de actos de piratería entre los pueblos de Vizcaya y Bayona. Al principio, la política inglesa parecía ser débil y de reconciliación⁴⁸. Pero Eduardo III, desde 1328, impulsó una política más dura contra los actos de piratería, aunque no tuviera mucho éxito. En 1343, siguiendo las ne-

⁴⁶ Ver BERNÁRDEZ: *Memorias* (caps. CCXLIV & CCXLV); GAMEZ: *Victorial*; LÓPEZ DE AYALA: *Crónica de D. Pedro*, p. 475 & PEDRO DE AYALA: *Reports*.

⁴⁷ Para más información, consultar: CHILES, W. R.: *Anglo-Castilian trade in the late Middle Ages*, Manchester, 1978; y RUIZ, T. F.: «Mercaderes castellanos en Inglaterra, 1249-1350», *Anuario de estudios marítimos Juan de la Cosa*, vol. I (1977; pp. 11-38). También interesante, GAROSABEL, P.: *Memorias sobre las Guerras y Tratados de Guipúzcoa con Inglaterra en los siglos XIV y XV*, Tolosa, 1865.

⁴⁸ Por ejemplo, a pesar de las protestas de los mercaderes de Bayona a Eduardo II de Inglaterra, éste otorgó libertad de comercio para los mercaderes castellanos en Aquitania.

gociaciones del siglo XIII⁴⁹, hubo esfuerzos por ambas partes para constituir una Corte Mixta de Arbitraje para acabar con las razones de la guerra entre Vascos y Bayoneses. Se consiguió una tregua en 1344. En realidad, las políticas de ambas casas reales parecían estar siempre un paso por detrás de las relaciones particulares entre los puertos del norte de Castilla y los burgos mercantiles ingleses de Gascuña y Aquitania. Un ejemplo de esto fue el tratado firmado entre Enrique III y los puertos norteños castellanos, siguiendo a la victoria inglesa en Winchelsea, 1350. Sin embargo, este tratado no parece que fuera respetado y en 1353 Eduardo tuvo que confirmar una nueva paz ya establecida entre las propias villas interesadas; lo cual llevó a un aumento de las relaciones comerciales, aunque el elemento pirático siempre se mantuviera.

La entrada de Castilla en la Guerra de los Cien años dañó el comercio entre ambas potencias. Bajo bandera de guerra, las acciones de piratería, tanto de la marina real como de particulares, se incrementaron. Los mercaderes castellanos se organizaron formando grandes convoyes armados para proteger el comercio entre la Península y Flandes. Estos grandes convoyes, de los que solía haber entre dos y cuatro cada año, constituían el objetivo favorito cada vez que los ingleses lograban reunir una considerable flota; pero, en general, los convoyes consiguieron mantener la ruta de Flandes abierta. Por otra parte, los ataques de piratas castellanos contra buques y costas ingleses, así como la acción de la marina real bloqueando los puertos continentales parecen haber sido especialmente dañinos para los intereses ingleses⁵⁰. A pesar de que la participación castellana en la guerra disminuyó drásticamente desde 1410, no pasaría lo mismo con las acciones de piratería; y no se produciría una notable recuperación del comercio anglocastellano hasta el tratado de 1463 (confirmado en 1467).

El ascenso al poder de los Reyes Católicos presenció un nuevo incremento en las relaciones comerciales entre ambos países. Ello no impidió, por lo menos en cuanto a los reyes castellanos, que continuaran concediendo cartas de marca y cartas de represalia en favor de mercaderes castellanos⁵¹.

⁴⁹ En 1302 se realizaron encuentros internacionales con la intención de establecer una serie de «leyes del mar» siguiendo el modelo aragonés.

⁵⁰ Del otro lado, también se conocen famosos piratas ingleses. *El Victorial*, nos cuenta: «...un lugar que llaman Pola (*Pool*) que es allí en aquella costa. Era aquel lugar de un caballero que llaman Arripay (*Harry Paye*), y andaba siempre corsario con muchos navíos, robando por la mar cuantos navíos podía alcanzar de España y Francia. E este Arripay vino muchas veces a las costas de Castilla, e llevo muchas naos e barcas robadas...quemo a Gijon e a Finisterre, e llevo el crucifijo de Sta. Maria e Finisterre...e hizo otros muchos daños en Castilla, de muchos prisioneros e rescates». (DÍAZ DE GÓMEZ: *El Victorial*, p. 177.)

⁵¹ Carta de represalia contra los ingleses a favor de Pedro Ochoa de Iribe, vecino de Monreal de Deva (AGS RO Sello, fol. 445, p. 43, en POTRO, A.: *La actividad de los mercaderes ingleses en Castilla (1475-1492)*). Además, la acción de los piratas continuaba en el Mar Español. Como ejemplo mencionaremos la petición del rey inglés ante Castilla para recuperar el barco «Saint Esteve» que había sido capturado por españoles. (PAZ y MAGDALENO: *Documentos relativos*, p. I, legajo 52.)

Asumiendo que «la actividad comercial estaba dominada por la violencia»⁵², la actividad puramente mercantil era también muy importante. Existía un importante comercio entre los puertos ingleses insulares y los puertos norteños castellanos así como con Córdoba y Sevilla. La más importante ruta comercial era la que unía la costa norte de la Península con los puertos de Gascuña (especialmente Bayona) y Flandes, donde existía una fuerte rivalidad entre ambos pueblos. En fecha tan temprana como mediados del siglo XIII el comercio entre Castilla y Gascuña ya debió ser muy importante, ya que como Matthew Paris nos cuenta:

«...se temió que los Gascones, como ahora tenían importantes relaciones comerciales con España (Córdoba, Sevilla y Valencia la Grande), pudieran cambiar su alianza por la Castellana...»⁵³.

En el siglo XIV, había mercaderes castellanos y aragoneses trabajando y viviendo en Inglaterra, enfrentándose a las leyes reales inglesas, protectoras para sus mercaderes. En el XV, tenemos constancia de la presencia de mercaderes ingleses en los puertos del norte de Castilla, Burgos, Sevilla, Córdoba y Cádiz; aunque ellos constituían una minoría entre la comunidad de mercaderes extranjeros establecidos en dichos lugares, con excepción de los puertos norteños. Los principales bienes castellanos que se exportaban a Inglaterra eran el vino⁵⁴ y el hierro, seguido de frutas, aceite y paños. También se comerciaba con almendras, azúcar, «sopa Castellana», licor español y especias (estas últimas provenientes de los mercaderes aragoneses).

Por lo tanto, la imagen castellana que resultaba de la relación económica era aquella en la que la violencia jugaba una importante parte en el rentable comercio entre ambas naciones. Los mercaderes del norte de Castilla pudieron tener una de las impresiones más realistas de Inglaterra y sus gentes, especialmente las del Sur (como Londres y Bristol), que eran con quienes más trataban. Sin embargo, esta visión siempre estuvo ligada a la consideración de los ingleses como competidores y enemigos en la guerra, bien por motivos políticos y/o puramente económicos. Además, debemos tener en cuenta que los vascos y los otros puertos castellanos del Norte estaban más que dispuestos a defender sus intereses por medio de las armas, especialmente contra la gente de Bayona, incluso aunque estos enfrentamientos pudieran suponer la ruptura de tratados firmados entre los reyes de Inglaterra y Castilla. En reali-

⁵² RUIZ, T. .: «=Mercaderes..., p. 79.

⁵³ MATTHEW PARIS: *Chronica Majora*, II, 477; 1252.

⁵⁴ Lo que pudo llevar a decir a DÍAS DE GÁMEZ: «...los ingleses aman bien el vino» (DÍAS DE GÁMEZ: *El Victorial*, p. 139). El vino y el aceite provenían del sur de Castilla, mientras que el hierro sana de las minas de León, Asturias y Vizcaya.

dad, no hacían más que continuar la tradicional política de conjugación de comercio y piratería, presentes en otros pueblos marítimos como los aragoneses, italianos, musulmanes...

3. CRUZADOS INGLESES

Desde mediados del siglo XIII hasta el final de la presencia musulmana en la Península, Castilla fue considerada como uno de los principales frentes de cruzada para los ingleses, aunque la presencia más importante de extranjeros en las campañas castellanas es la de franceses, alemanes, flamencos y genoveses. Junto con Francia, Castilla era tenida como un reino líder en la lucha cruzada; así como un posible destino para los caballeros Ingleses que quisieran cumplir su voto cruzado. A su vez, Castilla veía a Inglaterra como otro miembro de la Cristiandad que podía funcionar como fuente de recursos militares en forma de caballeros y sus comitivas. Varios reyes castellanos ofrecieron a Inglaterra la organización de cruzadas conjuntas, pero no se llevó a cabo ninguna campaña de este tipo salvo las propiciadas por algunos nobles individuales en tiempos de Alfonso XI y los Reyes Católicos. Varios autores se han referido a la posibilidad de una relación entre esta presencia británica en las campañas castellanas como una forma particular de diplomacia. Así, el conde de Salisbury, que se encontraba peleando en Castilla en 1344, también se encontraba presente en varias embajadas inglesas ante la corte castellana.

La visión de Castilla en Inglaterra, tan influida por el ideal de cruzada, «se trastornó con la lucha civil entre Pedro I y Enrique de Trastámara(...) y aunque en la Crónica Anónima Enrique aparece como un “rey piadoso y caballeroso”(…), la nobleza castellana aparece como falta de valor, incapaz de desempeñar su papel histórico como defensora de la fe»⁵⁵. El prestigio de Castilla como tierra de cruzadas no se recuperaría hasta la época de los Reyes Católicos.

La importancia del elemento cruzado en las relaciones entre ambos países puede verse en la vinculación de Castilla con la cruzada en las crónicas inglesas⁵⁶, las numerosas cartas de los reyes británicos felicitando a los castellanos

⁵⁵ GOODMAN, A.: «English attitudes to Spain in the Later Middle Ages», *Estudios sobre Málaga y el reino de Granada*.

⁵⁶ Por ejemplo, MATTHEW PARIS: *Chronica Majora* 1235 I, 6; 1237 I, 46; 1239 I, 164; 1239 I, 253; 1250 II, 387; 1251 II, 439; 1252 III, 505; 1253 III, 43. GEOFFREY CHAUCER: *The Canterbury Tales* (Prologue, 1380)... también en RANULPH HIDGEN: *Polichronicon* (1327-1360's); ADAM MURUMUTH: *Continuatio Chronicarum*; THOMAS WALSHINGHAM: *Chronicon Angliae* (Rolls Series, ed. T. H. Riley, Londres, 1862). Notas 2, 3, 4, 6 en GOODMAN, A.: «English attitudes...», p. 74).

por sus triunfos contra los musulmanes⁵⁷, los planes para cruzadas conjuntas entre ambos reinos⁵⁸, la presencia de los caballeros ingleses en campañas castellanas⁵⁹ y las cartas de recomendación que entregaron los monarcas ingleses a varios caballeros (ingleses, escoceses o irlandeses) que querían hacer la guerra al infiel en Castilla⁶⁰.

⁵⁷ Por ejemplo, Eduardo III escribió a Alfonso XI varias veces, felicitándole por la caída de Algeciras. (RYMER: *Foedora*, III, 1, 13.) En 1485, Enrique VII ordenó oraciones públicas en todo su reino, para el éxito de la Cruzada de los Reyes Católicos (VALERA: *Epístola y otros*, carta XXVI, 91-96). En 1488, el rey inglés envió una carta de felicitación por las victorias castellanas frente a los musulmanes (PAZ y MAGDALENO: *Documentos relativos...*, p. 1, legajo 52).

⁵⁸ Matthew Paris dice que Fernando III ya había realizado una propuesta a Enrique III para una cruzada conjunta al norte de África (II, 439). Alfonso X y Enrique III firmaron un tratado en 1254 en el que Enrique prometió ayudar a Alfonso en una cruzada al norte de África. En 1330 hubo negociaciones para una cruzada Anglo-Francesa en Castilla y después a Tierra Santa (TYERMAN, Ch.: *England and the Crusades, 1095-1588*. Londres, 1988); y los Reyes Católicos también sugirieron otra cruzada Anglo-Castellana al norte de África, en 1511 (BERNÁLDEZ: *Memorias*, p. 571).

⁵⁹ Por ejemplo, los Condes de Derby y Salisbury estuvieron presentes en el sitio de Algeciras en 1344 (*Crónica de Alfonso XI*, C.R.C., I, B.A.E., vol. LXVI, Madrid, 1953, pp. 360-370). En 1382 algunos ingleses del ejército de Edmund de Langley estaban en Castilla luchando contra los musulmanes (notas 15 y 16 en GOODMAN, A.: «English altitudes...», p. 75). En 1406 llegó a Castilla el hijo del conde de Fox, que era ahora inglés. Éste era hijo de un inglés que se había casado con la hija del conde de Fox y llegó a ser el mismo conde. El hijo mayor retuvo el título francés mientras que el otro hijo consiguió el título inglés de «Cab de Bochen», viniendo los dos a Castilla para luchar contra los musulmanes (ALVAR G. DE STA. MARÍA: *Crónica de Juan II*, RAE, Madrid, 1982, p. 270). En 1486 Sir Edward Wydeville —el «Señor o Conde de Escalas» (Lord Scales) de las crónicas castellanas— luchó por los Reyes Católicos en Loja e Illora (BERNÁLDEZ: *Memorias*, pp. 167, 170-3; PULGAR: *Crónica*, pp. 212-15, 221-3, 226-9. Para un estudio completo, BENITO RUANO, E.: «Un Cruzado inglés en la Guerra contra el Moro», *Anuario de Estudios Medievales*, 7 (1977). En 1511 la expedición inglesa, al mando de Lord Darcy, contra los musulmanes, no llegaría mas allá de Cádiz.

⁶⁰ En 1330 Enrique III expidió una carta de presentación ante la corte Castellana en favor de Sir James Douglas, quien transportaba el corazón del rey escocés Robert de Bruce en peregrinación a Tierra Santa. James Douglas y el séquito de caballeros que le acompañaban encontraron la muerte a mano de los Moros, en Castilla. (RYMER: *Foedora*, II, ii, 770; ver MACQUARRIES: *Scotland and the Crusades, 1095-1560*, Edimburgo, 1985, p. 75; así como KRAMER, B. y LÓPEZ DE COCA, E.: «Cruzados Escoceses en la frontera de Granada, 1330», *Anuario de Estudios Medievales*, 18 (1988)). Jaime II de Aragón otorgó una carta en favor de John of Hapton of Mortimer, en la cual se hacía constar que dicho caballero Inglés había ayudado al Infante Pedro de Castilla —hermano de Fernando IV y yerno del rey Aragonés, en la guerra contra los Moros. Pedro y su hermano murieron y el inglés resultó herido en dicha campaña. Benito Ruano le pregunta sobre el objetivo de dicho documento: ¿era una prueba de un acto caballeresco?, ¿era un documento para justificar el haber cumplido su voto de cruzado o sólo era un documento que explicaba la ausencia de dicho caballero de Inglaterra en ese momento? (BENITO RUANO, E.: «Cruzados Ingleses en España», *Al-Qantara*, II (1981): 457-60). En 1499 Isabel de Inglaterra escribió a Fernando el Católico, recomendándole a un caballero inglés que deseaba entrar al servicio de sus majestades Católicas para luchar contra los infieles. (*Letters and Papers of Richard III and Henry VII*).

La valoración de los ingleses como cruzados era muy positiva, aunque esta idea perdió relevancia con la participación de Castilla en la Guerra de los Cien Años, las pretensiones de Juan de Gante al trono castellano y, especialmente, la utilización por su parte de la cruzada contra los castellanos «cismáticos» en el período entre 1380 y 1385. Ya hemos visto como la «cruzada» inglesa de 1387 sólo sirvió para despertar un sentimiento nacionalista de resistencia contra el invasor. Por otra parte, se sabía que la iglesia inglesa era muy poderosa⁶¹, cosa que Juan I utilizaría en contra de la nación inglesa. A pesar de ser un miembro de la Cristiandad⁶², los clérigos castellanos no dejaban de notar las diferencias entre las iglesias de ambos países. Éstas se agrandaron al adoptar distintas posiciones en el Gran Cisma. Sin embargo, durante la segunda mitad del siglo xv y especialmente durante el reinado de los Reyes Católicos, estas diferencias se olvidaron y los cruzados ingleses volvieron a visitar Castilla.

4. GUERREROS INGLESES

A los ingleses también se les caracteriza como buenos soldados y violentos en la batalla, peleando de forma muy distinta a los castellanos. Lo que más sorprendía a éstos sobre el sistema de combate de los británicos era que peleaban a pie y hacían buen uso del hacha de combate, el arco y la lanza. En el *Amadís de Gaula*, de mediados del siglo xiv, «luchar en la manera de esta tierra, Inglaterra» se refería a un estilo particular en el que cuando uno de los caballeros ha sido desmontado, su contrincante desmonta también para seguir la pelea,

«...vino este año del reino de Inglaterra un cavallero que se llamava conde de Escalas,...e traxo en su compañía fasta çient ingleses archeros e onbres de armas, que peleabann a pie con hachas e lanças de armas...»⁶³

⁶¹ Sancho, hermano de Alfonso X, and Arzobispo electo de Toledo, pasó algún tiempo en la corte Inglés en 1254-55-8, con ocasión del matrimonio entre Eleonor y el Príncipe Eduardo de Inglaterra. Sancho debió conocer los impuestos especiales de la Iglesia sobre Inglaterra. Juan I usó ese conocimiento; y García de Salazar, en algunos comentarios particulares sobre Inglaterra, el poder de la Iglesia Inglesa. Recordemos que la Iglesia Castellana, en parte como consecuencia del propio proceso de la Reconquista, estuvo siempre bajo control Real.

⁶² Como tal, elementos comunes a la Cristiandad Medieval también estaban presentes en Inglaterra. Alfonso X eligió este país como escenario de dos Milagros de la Virgen María: «De cómo la Virgen María resucitó al niño que el judío había matado porque cantaba “Gaude Virgo María”» teniendo como escenario el barrio de la judería de Lincoln. ALFONSO X.: *Las Cantigas de Santa María*, ed. W. Wettwan, Madrid, 1984, cap. 6.

⁶³ PULGAR: *Crónica de los Reyes Católicos*, cap. CLXXXIV.

«...un conde de Inglaterra,...con trescientos hombres artilleros e flecheros, muy esforçados...(entablaron botalla)...el conde de Escalas...quería pelear al uso de su tierra; e descavalgó del cavallo, armas en blanco e con una espada ceñida e una hacha de armas en las manos; e con una cuadrilla de los suyos, asimismo armados de blanco con sus hachas...»⁶⁴.

También se encontraban presentes en la batalla de Aljubarrota arqueros ingleses, aunque poco numerosos (ver nota 39). García de Salazar dio una explicación para esta elección de armas:

«Desde Bruto e de sus gentes suçedieron e suçeden todos los yngleses e escoçeses e yrlandeses e las otras yslas comarcanas. De la costumbre de Troya les quedaron la espada, el arco y las flechas. E sacaron dellos de suyo la acha e las otras visarmas segund que las han oy dia. E asi reynaron e suçedieron de unos en otros... reynaba en la dicha çibdad de Londres...»⁶⁵.

El Victorial también se refiere a la diferente forma de pelear de los irlandeses:

«...En Irlanda los caballeros pelean todos a caballo; non traen sillas sinon pocos dellos. Son grandes cabalgadores; cabalgan en unas aceruelas muy bien adobadas e guarnidas, con sus estribos; e otros que no son tan armados cabalgan en cerro. Habian muy buenas lanzas de armas; traianlas muy largas, más un gran codo que las más lenguas lanzas de esta partida»⁶⁶.

La mayor parte de las descripciones de los ingleses peleando se refieren a su presencia en las campañas contra los musulmanes, a cuya forma de luchar tampoco estaban acostumbrados. La *Gran Crónica de Alfonso XI*, mencionaba la «muerte de un extraño conde por su culpa durante el sitio de Teba»⁶⁷, y en la *Crónica de Alfonso XI* se cuenta que, habiendo prohibido el rey castellano el avance a sus tropas para evitar caer en una emboscada musulmana,

«...Et estando en esto los condes de Arbi et de Salusber, e otras gentes de los ingleses et de Alemanes, armaronse, et entraron mucho apriesa a la pelea; et los moros de la cibdad salieron todos así los de caballo como los de pie, et espera-

⁶⁴ BERNÁLDEZ: *Memorias*, cap. LXXIX.

⁶⁵ GARCÍA DE SALAZAR: *El libro de las Bienandanzas*, libro XI, cap. 10.

⁶⁶ DÍAZ DE GAMES: *El Victorial*, 147.

⁶⁷ I, p. 205. KRAMER y COCA (*opus. cit.*) identifican este «conde extranjero» con el Escocés Sir J. Douglas, mano derecha de Robert Bruce. Sir James Douglas parece ser que metió a él mismo y a sus hombres en la bien conocida —para los castellanos— emboscada musulmana de «la tornafuya» (cuando un grupo de caballería simula una falsa retirada para meter a sus perseguidores en una emboscada).

ronlos en el campo, et fue la pelea muy fuerte entre ellos. Et los christianos que andaban en la pelea, non estaban bien firmes con los condes, et dexaronlos como omes que avian entrado arrebatadamente a la pelea. Et el rey veyendo esto, mando luego que todos los que pasaban en derredor de la barrera, que se armasen luego, et entrasen a acorrer a los christianos; et ellos ficieronlo asi...et tan apresuradamente fuyeron los Moros, et tan sin acuerdo, que en vuelta dellos entraron en la cibdad dos christianos de los ingleses...» (los dos ingleses fueron rodeados en la ciudad y murieron..., p. 386 ss.)⁶⁸.

Ya hemos comentado la dura crisis por la que pasaron las relaciones entre 1365-1405. Durante este tiempo incluso la imagen del guerrero inglés, siempre tenida en alta estima⁶⁹, se resintió por las derrotas militares en tierra y ciertos comportamientos deshonestos⁷⁰; mientras que la marina castellana seguía cosechando victorias⁷¹. Las expediciones inglesas provocaron un sentimiento de odio nacional hacia el invasor, reforzado por las secuelas de pillaje y destrucción que dejaban sus tropas. Además el uso por parte inglesa de la Cruzada como elemento de lucha contra los castellanos llevó a que la visión de los ingleses como buenos cruzados también se manchara y se acrecentara el odio contra ellos. Todos estos conflictos, en los que se incluyen algunos hechos navales realmente sangrientos, produjeron un profundo declive en las relaciones comerciales. Poco antes de la expedición de Juan de Láncaster, el rey Juan I llegaría a decir:

«...los ingleses que pretendían montar una cruzada contra él, eran tan siniestros que Dios les había marcado físicamente (con colas) y los papas les habían impuesto pechos especiales... además eran asesinos de mártires y fomentaban el cisma de la Iglesia... por ello debemos luchar por nuestra fe(..), rey, tierra y propias personas»⁷².

⁶⁸ Bernáldez nos suministra un último ejemplo de esa característica forma de luchar de los británicos cuando describe la batalla de Flodden entre el rey escocés Jacobo IV y las tropas inglesas, en 1513: «...E la batalla fue peleada toda a pie, los unos y los otros, porque así es costumbre de la tierra, e por ser la tierra más áspera y fragosa» (BERNÁLDEZ: *Crónica*, p. 659).

⁶⁹ «...Juan Chandos, que era muy buen caballero... (sobre la batalla de Nájera)... los ingleses eran 3.000 omes de armas, muy buenos omes, e muy usados de guerras... más 2.000 lanzas de Guiana... eran entonces la flor de la caballería de la cristiandad.» LÓPEZ DE AYALA: *Crónica de Don Pedro*, p. 57. «E cuando los ingleses vinieron bajo el mando de Mosén Aymon, Conde de Cantabrigia [Cambridge], fijo del rey de Inglaterra, que después fue duque de York... hermano del duque de Alencastre... con mill omnes de armas e mill flecheros... buenos caballeros e usados de guerra, e que andaban por cobrar honra y prez», LÓPEZ DE AYALA: *Crónica de Juan I*, p. 73.

⁷⁰ Como comportamiento deshonesto encontramos el emprisionamiento de los heraldos castellanos por parte de los ingleses, durante el confrontamiento con el de Gante

⁷¹ Como por ejemplo la campaña de 1405, descrita por DÍAZ DE GAMES en *El Victorial*.

⁷² 1386. Cortes de Valladolid, SUÁREZ LÓPEZ, Luis: *Historia del reinado de Juan I de Castilla y Cortes de los Antiguos Reinos de Castilla y León*, II. Madrid, 1863, pp. 351-2. También en

No obstante, y gracias a la distensión de finales del siglo xv, los ingleses habían recuperado su fama de buenos guerreros contra los infieles⁷³, aunque su forma de pelear continuaba sorprendiendo a los castellanos, así como la ingenuidad de la que hacían gala al enfrentarse con las tropas musulmanas.

Hay otra característica que solía ir unida a esos guerreros ingleses, o más bien al conjunto del pueblo. En las crónicas castellanas, los atributos permanentes de los ingleses eran su violencia y su amor por la rebeldía. Hacia 1260 Enrique III tuvo que hacer frente a una revuelta nobiliaria encabezada por Simón de Monfort. Ésta no aparece en la *Crónica de Alfonso X*, pero la corte alfonsí estaba al tanto de estos problemas internos, pues fue una de las excusas de Enrique III para no respetar algunas partes de su tratado de 1254. Las guerras civiles de finales del siglo xiv y sobre todo la guerra de las Dos Rosas están presentes en las crónicas castellanas, que aprovechan para emitir sus apreciaciones personales sobre la naturaleza violenta y rebelde de los ingleses. Díaz de Games dice en su *Victorial*:

«Los ingleses son unas gentes muy diversas en condiciones, desavenidos de todas las naciones» (p. 99).

«El rey Aduarte [III] fue el más mejor que obo en Inglaterra desde Artur acá, e había desamor con todos sus comarcanos, çegun hubo es dicho a manera de los ingleses. (...) Cuando los ingleses ovieron aquella paz [entre Ricardo II y Carlos VI] los más dellos ovieron grand pesar por ello; ca ellos non querian aver paz con ninguna naçion, porque con la paz les va a ellos mal, habian tanta gente que no caben en su tierra... y no guardan la paz» (p. 139).

Y en la Guerra de Granada de Alonso de Palencia:

GOODMAN, A. y MACKEY, A.: «El Principado de Gales». *Conferencia por el centenario del Principado de Asturias* (nota 23, aún inédito. Agradezco a dichos profesores de la Universidad de Edimburgo, su amabilidad al permitirme consultar su ponencia antes de su publicación). Por otra parte, Juan de Gante, a pesar de su reclamación al trono de Castilla, nunca pareció entender a los castellanos, ni mostró algún interés por su cultura o manera de ser. De hecho, Froissart, aunque no pueda ser considerado muy fiable cuando trata de los asuntos españoles, siempre dibujará a Juan como bastante indiferente y hostil hacia Castilla, y dice que estuvo de acuerdo con sus consejeros cuando éstos le comentaron que: «Castilians sont le plus fausse gens du monde et les plus couverts» (FROISSART: *Chroniques*, ed. Buchon, II, 508). Aunque no todo era malo ya que Froissart, también dice, que Juan tenía bastante respeto por las armas y tácticas castellanas. (FROISSART: *Chroniques*, 473; y GOODMAN, A.: «English altitudes...», p. 77).

⁷³ Pulgar cuenta que incluso el rey Católico llegó a poner como ejemplo a los ingleses, junto con otras naciones, que planeaban reunir flotas para una cruzada contra el Turco, a fin de animar la participación de hombres y barcos de las ciudades del norte de España en dicha cruzada: «...E que deverían tomar ejemplo de los Yngleses y en otras naciones (especialmente Portugal) que ayora habían fecho semejanτες armadas» (PULGAR: *Cronica*, p. 437).

«Es ésta una nación tan inclinada a la crueldad que parecen no saciarse jamás de ver derramar sangre, principalmente la nobleza (...) del que se reputa más feliz de entre los ingleses, al punto se expone a la muerte más atroz» (en el año 1485).

5. LOS INGLESES COMO CABALLEROS

Los ingleses eran también muy estimados como caballeros cortesanos. Esta visión estaba directamente influida por dos fuentes diferentes: en primer lugar, la leyenda artúrica y las novelas de caballería; en segundo lugar, con la tradición de la caballería cortesana y gentil de los siglos XIV y XV.

Ya hemos visto que la historia de Inglaterra recogida por Alfonso X estaba basada en la *Historia Britanorum* de Monmouth y en el *Romance du Brut* de Wace. Existen otras dos fuentes castellanas anteriores que nos hablan de la leyenda artúrica: en una de las series de los *Anales de Toledo* (mediados del siglo XII), en el año 542 se menciona que: «Lidió el rey Zitus con Modret su sobrino en Camblenc, Era DLXXX.» Y en las *Crónicas navarras* (fines del siglo XII-principios del XIII), en el mismo año: «Era DLXXX anyos fizo la batalla el rey Artuyss con Modret Equibleno⁷⁴.» Aparte de su *General Estoria*, Alfonso X también utilizó la figura de Merlín en una de sus Cantigas⁷⁵. También podemos encontrar alguna referencia literaria en *La gran conquista de Ultramar*⁷⁶. Otro buen ejemplo lo podemos encontrar en *la Crónica de Pedro I*, cuando el monarca pide consejo a un sabio musulmán sobre las profecías de Merlín.

Además las novelas de caballería, tan famosas entre los siglos XIII y XV, solían hablar de la corte artúrica como paradigma de la caballería. Varias de las novelas portuguesas, castellanas y aragonesas tenían lugar en Inglaterra o Escocia, y en cualquiera de las demás, algún capítulo transcurría siempre en estas latitudes (entre ellas, las más conocidas son *Amadís de Gaula*, *Tirant lo Blanc* y *Palmerín de Inglaterra*, así como *Grisell* y *Mirabell* de Juan Flores).

⁷⁴ Algunos historiadores piensan que las *Crónicas navarras* (ed. A. Ubieto) se basan en los *Anales toledanos* (ver *España Sagrada*, 1767, XXIII, 381), pero el capítulo 6 de la crónica navarra presenta grandes diferencias con los *Anales*. Por ejemplo, mientras la primera menciona la muerte de Enrique II, que no aparece en los *Anales*, éstos se refieren a la cruzada de Ricardo I, que no aparece en el documento navarro.

⁷⁵ Ct. n.º 108: «Esto es como Sancta María hizo que le naciera el hijo del judío con rostro hacia atrás, como Merlín se lo había pedido.» Merlín está aquí representado como el hijo de Lucifer, pero también como sabio cristiano que discute con el alfaquí de Escocia. El judío intentó matar a su hijo deforme, pero finalmente Merlín consigue evitar la muerte del niño y educarle en el cristianismo.

⁷⁶ MENÉNDEZ PELAYO, M.: *Historia de la literatura española*, XXVII. Madrid, 1901.

La difusión de estas y otras novelas por Europa contribuyó a la creación de una mentalidad caballeresca común en los círculos cortesanos y nobiliarios.

La práctica de este ideal caballeresco en la profusión de torneos de los siglos finales de la Edad Media, la figura del caballero errante y la presencia de castellanos en las cortes europeas sirvieron como base a otro tipo de literatura, que tenía como fin el enseñar a los jóvenes nobles castellanos las costumbres de la caballería europea. El *Tratado de rieptos* de Diego de Valera fue escrito en el siglo XV como una compilación de reglas de caballería, armas, y rituales caballerescos de Inglaterra, Francia y España, aunque por sus páginas también desfilan los caballeros errantes, pasos de armas, desafíos, etc. Los caballeros ingleses que no ejercían como mercenarios solían caracterizarse por su buen comportamiento caballeresco. Sin embargo, el gusto de ingleses y franceses por la hazaña caballeresca podía resultar casi ridículo a ojos castellanos. Por ejemplo, durante el sitio de varias plazas castellanas en la campaña de Juan de Gante en 1387, varios caballeros sitiadores ingleses y algunos de los franceses sitiados emprendieron un torneo, que fue calificado por los cronistas castellanos y portugueses como comportamiento poco serio, poco beligerante e indisciplinado⁷⁷.

De todas maneras, desde las justas preparadas por Alfonso X y Enrique III para las bodas de Eduardo y Leonor en 1254 hasta finales del siglo XV, la imagen de los ingleses como buenos caballeros seculares se mantuvo en Castilla, y un número cada vez mayor de nobles peninsulares se consideraba dentro del círculo de esa cultura caballeresca europea⁷⁸.

6. ÚLTIMOS AÑOS

A pesar de la alianza anglocastellana a finales del siglo XV y la violenta crisis del período entre 1366 y 1386, la imagen de Inglaterra siguió siendo la misma que la existente en la corte alfonsí de finales del siglo XIII.

La descripción del diario de la embajada de Roger Machado a España y Portugal (1489)⁷⁹ revela distintos aspectos: en primer lugar, que viajar entre

⁷⁷ Ver FERNANDO LOPES: *Crónica de Joao I*. Lisboa, 1948. Otros autores también pensaban que los ingleses y franceses se consideraban superiores a los peninsulares, en virtud de una «hermandad» en las armas fruto de una cultura caballeresca superior a la de los reinos de la Península (LÓPEZ DE AYALA: *Crónica de Juan I*, op. cit.).

⁷⁸ Por ejemplo, la crónica de Juan II está llena de referencias a hechos caballerescos realizados bien por castellanos dentro o fuera de la Península, o por otros caballeros europeos, como el conde de Suffolk (año 27, cap. 5) o el duque de Gloucester (año 28, cap. 7). (*Crónica de Juan II*, ed. Cayetano Rusel) C.R.C., B.A.E., vols. LXVI-LXVIII, Madrid, 1877.

⁷⁹ «Account of the Journal of Roger Machado to Spain and Portugal, 1488-1489», *Memorial of King Henry VII. Rolls Series*, vol. I (ed. J. Gairdner), Londres, 1858.

Castilla e Inglaterra seguía siendo problemático (tuvieron que hacer frente una vez más a las tormentas del Cantábrico); el comercio anglocastellano, que hacía que la costa norte de la Península fuera bien conocida por los marineros ingleses, y que los embajadores residieran en las casas de los mercaderes castellanos en Londres y Southampton; y finalmente, la diferente cultura y comportamiento de la corte castellana (a este respecto se insiste en la riqueza de la corte y los atavíos, el tratamiento a embajadores y el fasto de las celebraciones, incluidas las corridas de toros y los torneos).

La continuación anónima de la *Crónica de los Reyes Católicos* de Hernando del Pulgar muestra la pervivencia de la imagen violenta de los ingleses, que se consideraban también diferentes y de mal comportamiento. Hablando de los 10.000 soldados que Enrique VIII envió a España para efectuar una incursión a Francia en el año 1512, se dice:

«...hubo algunas diferencias entre los ingleses, que son gente inoportable e diferentes a nuestra nación en el vivir, y los de la provincia de Guipúzcoa, y murieron pública y ocultamente muchos de ambas naciones, ingleses y guipuzcoanos, en tanto que los ingleses sin más cuenta ni razón, en sus naos y se fueron a Inglaterra sin dar fin a la guerra».

La versión de Bernáldez del Castillo no es muy distinta:

«...o por mal sanos, o por otras razones (...) porque el rey no entró en Francia por Bayona, se embarcaron en los puertos de Gepuzcoa e se fueron para Inglaterra sin licencia del rey».

Además, el capitán inglés amenazó con tomar por la fuerza los barcos que necesitaban para pasar a Inglaterra, y cuando Fernando el Católico decidió hacer una incursión en Francia el capitán se negó porque se les habían pagado sólo veinte días más, tiempo insuficiente para la incursión. Al final no se sacó nada en claro, pero el rey apeló al monarca inglés y al capitán, recordándoles su tradición en las armas: «no sería propia de la gloria de la nación inglesa, que en tiempos pasados ganó tanta honra en fechos de armas»⁸⁰. No sería de extrañar que la corte castellana considerara la ayuda inglesa algo no muy fiable, como puede deducirse del distinto tratamiento dado por las fuentes inglesas y castellanas a la llegada del rey Felipe y la reina Juana de Castilla a Inglaterra en 1506. Uno de los efectos de la inesperada visita —la flota real tuvo que refugiarse en puerto inglés— fue que Felipe entregó al rebelde Edmund de la Pole («la rosa blanca» en la crónica española), que se encontraba en Flandes, a Enrique. Ambas fuentes coinciden en que Enrique celebró gran-

⁸⁰ PULGAR: *Crónica*, pp. 605-608.

des fiestas; pero la crónica de Bernáldez sostiene que Enrique no permitiría a Felipe, desarmado y fuertemente custodiado en Windsor, que dejara el país sin entregarle a De la Pole. En cambio, la versión inglesa dice que Felipe había planeado ya este viaje a Inglaterra, que había decidido permanecer allí a pesar de la oposición de sus consejeros castellanos, y que accedió de buen grado a entregar a De la Pole y firmar un tratado comercial con Inglaterra⁸¹. El tratado comercial fue considerado desastroso en Flandes...

CONCLUSIONES

Se podría pensar que la visión de Inglaterra y sus gentes cambiaría debido a razones políticas o el normal transcurrir del tiempo. Sin embargo, creo que la corte Castellana y el pueblo en general mantuvieron una imagen bastante homogénea y constante de los ingleses y su tierra a lo largo de la Edad Media. Esta visión pudo cambiar, parcialmente, debido a tensiones políticas y económicas, especialmente durante la fase de la guerra de los cien años que presenció una mayor actividad castellana⁸², así como a distensiones, como en el caso de la regencia de Catalina de Lancaster (1405-12) y el reinado de los Reyes Católicos.

Como ya hemos visto, las novelas de caballería, crónicas y demás tipos de literatura caballeresca de toda la Península nos hablan de Inglaterra como proveedora de buenos guerreros y caballeros a finales del siglo xv. La recuperación de la fama de caballeros en lucha por la Cristiandad, después de la crisis de 1360 a 1400, se debe a la participación de nobles ingleses en las campañas de los Reyes Católicos.

La opinión de los castellanos se componía de las distintas perspectivas de mercaderes, reyes y círculos cortesanos —incluyendo al clero y personal administrativo—, y la nobleza. Los contactos políticos y diplomáticos pasaron por distintas fases, pero nunca fueron tan intensos como en la época de Alfonso X y los Reyes Católicos; en cualquier caso, nunca fueron permanentes. Las relaciones comerciales, por su parte, aunque provechosas, estaban teñidas de violencia. La imagen resultante era la de los ingleses como gente diferente, buenos luchadores pero violentos, miembros de una escuela de alta caballería, rebeldes y no muy fiables en materia de política y religión. El *Victorial* resumía otra opinión diciendo que «los ingleses son prudentes, los franceses orgullosos de sí mismos y los castellanos son habladores y les gusta ser perezosos».

⁸¹ Ver *Memorial of King Henrio VII y Letters and Papers of Richard III and Henry VII*. (Ed. J. Gairdner), Rolls Series, vols. 1 y 2, Londres, 1858-1862.

⁸² Guerra en Castilla 1364-86 y actividades navales hasta 1406-20.

Resumiendo: Los ingleses eran una gente muy particular y diferente de los castellanos. En esta imagen los ingleses fueron vistos como unos buenos aunque violentos guerreros; miembros de una alta caballería, que tenían mucho más en común con los Franceses que con cualquier pueblo peninsular; rebeldes y no muy de fiar en asuntos políticos y religiosos; un foco de problemas en el Mar Español (el Cantábrico) y habitantes de una tierra de maravillas.

Los complejos acontecimientos políticos del siglo XVI contribuirían a acentuar la visión negativa de los ingleses en Castilla y terminarán con la alianza anglocastellana; para volver a unas relaciones teñidas por la violencia y la milicia... pero esto ya es tema para otro trabajo.

RESUMEN

El siglo XIII marca el inicio de unas relaciones más intensas entre los reinos Castellanos e Inglés. Basándonos principalmente en el uso de las crónicas veremos cuál fue la visión de los castellanos de Inglaterra y sus gentes, a lo largo de la Baja Edad Media. Una visión marcada indefectiblemente, y en gran parte determinada, por una serie de conflictos y/o contactos bélicos que se sucederían durante esos años. Así, hablaremos de los contactos a través de los sucesos políticos, del comercio y la piratería —raramente diferenciables—, de la presencia de Cruzados Ingleses o de la fama de Inglaterra gracias a las novelas de Caballería y el círculo Artúrico. Todo ello, además de una visión sociológica, nos dará referencias sobre el espíritu y forma de luchar de los ingleses según los castellanos.

Palabras clave: *Inglaterra/Castilla/Guerra/Visión/Crónicas/Siglos XIII-XVI.*